

Acto I

Se abre el telón. Las princesas están sentadas en corro tocando sus instrumentos musicales, excepto **BENJAMINA** que escribe con pluma de ave sobre una mesita. En el decorado se dibujará, a la izquierda, una puerta por donde entrarán y saldrán los personajes; a la derecha, un ventanal que acabará en un arco apuntado. Cerca del ventanal, se dibujará una chimenea.

FTINA ¿Cómo le quieres tú, Florindina? ¿Cómo te gustaría que fuese tu príncipe?

FLORINDINA (Se queja). ¡Ay! Ya os lo dije. Lo quiero ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni pobre ni rico, ni rubio ni moreno, ni listo ni tonto, ni feo ni guapo, ni guerrero ni atontolinado, ni fresco ni pavo... le quiero... peludo y atleta.

BENJAMINA (En tono de burla) ¡Ay, hijal! ¿Y dónde vas a encontrar esa ganga?

FTINA (Con ironía) ¿De qué país te va a venir esa suerta?... (Se dirige a Casildina). Y la gachi del arpa. ¿Qué nos dice? Contesta, Casildina. ¿Cómo quieres que sea tu prometido?

CASILDINA (Soñadora) Yo no le quiero atleta, le quiero poeta. Le quiero débil y tierno, muy tierno...

BENJAMINA (Burlona) ¡Uy, hijal! Ni que te lo fueras a comer...

CASILDINA (Ensimismada) Si... me gustaría que supiera bordar.

FTINA, FLORINDINA, BENJAMINA, CASILDINA (Preguntan las tres princesas a coro). ¿Bordar? (Soñadora) Si, bordar. Bordar madrigales poéticos con su áspera voz en mis orejas.

BENJAMINA (Con firmeza) Ah, pues yo no lo quiero poeta, porque yo me basto sola en poesía. Y con un poeta que haya en la casa sobra. Mi ideal es que sea toscó, brutote, primitivo y, como el de Florindina, ¡peludo!

(Junto al ventanal, **FTINA** lanza una tierrísima mirada hacia el sitio crepuscular, quiero decir hacia donde se esconde el sol).

FTINA ¡Ay!... Yo le quiero... Yo le quiero...

BENJAMINA (Con impaciencia) ¿Pero cómo le quieres, Fitina? Termina de una vez que viene padre.

FTINA (Trubearte) Le quiero... (Decidida) ¡Le quiero yal! Aunque no le conozco. Le quiero desde antes de quererle. Sé que es largo, barbudo, lleva melenita de Colón y tiene no sé qué en la mirada.

BENJAMINA (Maliciosa) ¿Será bizco?
CASILDINA (Ilusionada) ¿Será moderno?

FTINA No. Tiene un poder extraterrestre, es así, como le estoy viendo cuando entorno los ojos. Así... y es cantador de flamenco.

BENJAMINA, CASILDINA, FLORINDINA (Sorprendidas, las tres princesas gritan a coro): ¡¡¡Fitina!!!

FITINA

Si, es de esos que llevan la guitarra a cuestras y van de galas, cantando romances por los pueblos.

CASILDINA

(Protesta). Tú lo quieres trovador como el mío y eso no vale.

BENJAMINA

(Alza la voz). Ahora escuchad, hermanas. Escuchad esta oda, esta poesía que he escrito sobre el mismo tema. Se titula «El caballero debe ser». Empiezo:

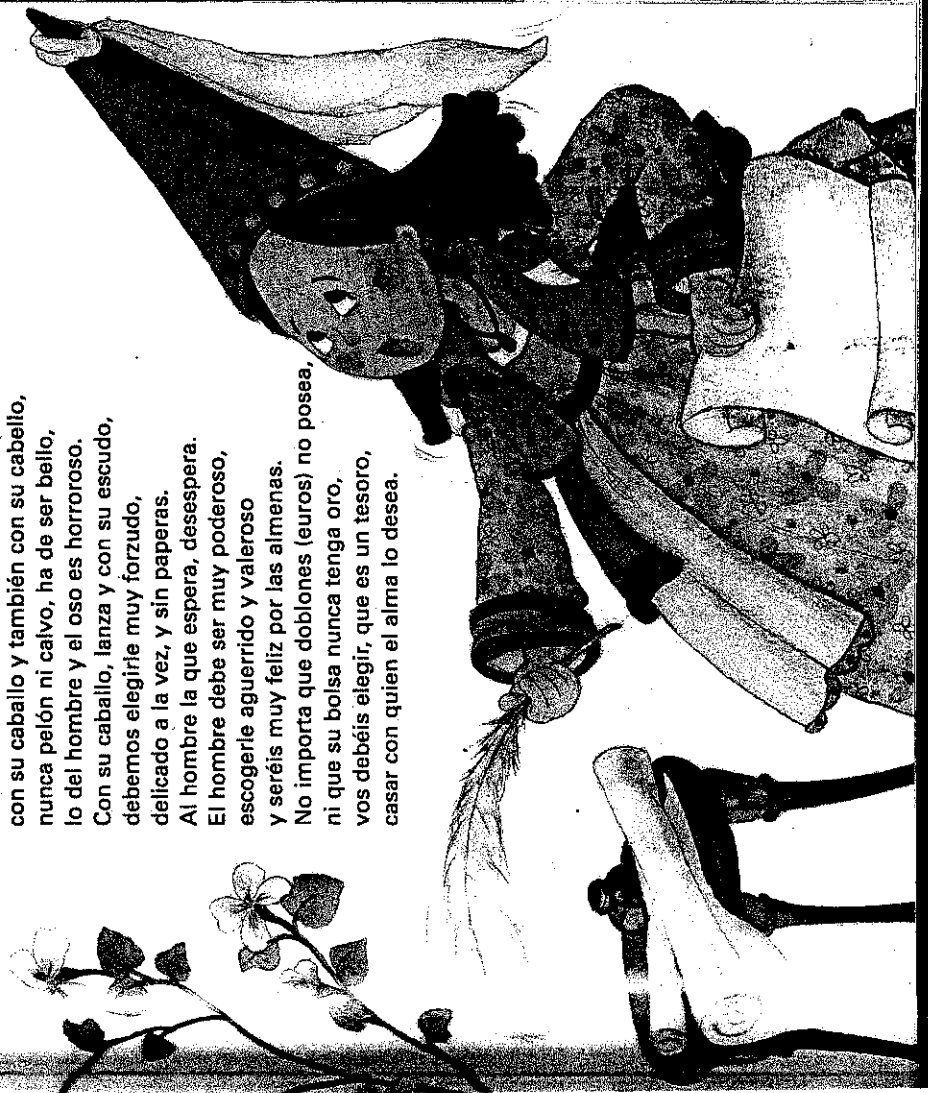
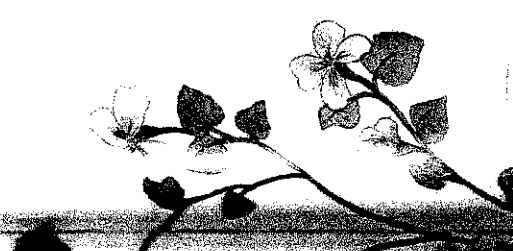
(Mueve las manos mientras recita).

«El caballero debe ser con su caballo, con su caballo y también con su caballo, nunca pelón ni calvo, ha de ser bello, lo del hombre y el oso es horroroso.

Con su caballo, lanza y con su escudo, debemos elegirte muy forzado, delicado a la vez, y sin paperas.

Al hombre la que espera, desespera.

El hombre debe ser muy poderoso, escogerle aguerrido y valeroso y seréis muy feliz por las almenas. No importa que doblones (euros) no posea, ni que su bolsa nunca tenga oro, vos debéis elegir, que es un tesoro, casar con quien el alma lo desea.



**FITINA,
CASILDINA,
FLORINDINA**

(Las tres princesas a coro): ¡Bravo! ¡Chachil

(Las barbas largas y lisas del rey Rosauero interrumpen el jolgorio del cuarto de lectura. Benjamina, turbada, hace una pelotilla con el pliego de pergamino y la tira a la chimenea. Ve el rey la maniobra y se dispone a recoger aquello. Lo lee y bufala).

ROSAURO

(Enfadadísimo, grita a las princesas): ¿Quién ha escrito esta porquería?

(Las cuatro princesas callan).

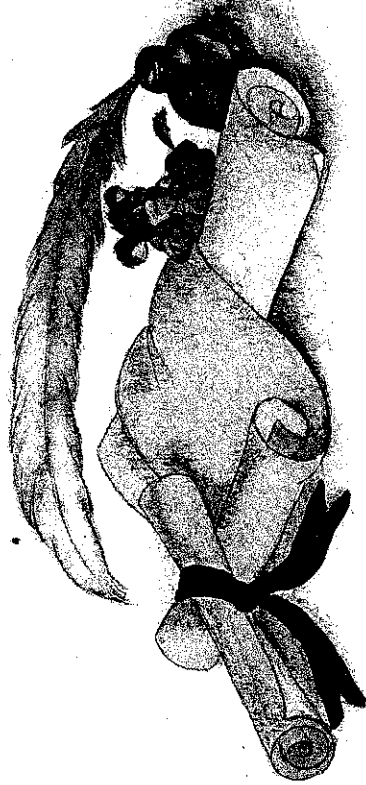
ROSAURO

(Enfadadísimo, golpea el pergamino). ¿Quién ha escrito esto? ¡Contestad o mando que os corten los cabellos al rape!

(Como el rey Rosauero es muy bruto, las tres princesas, temiendo perder los veintitrés tirabuzones que entre todas reúnen, exclaman a coro):

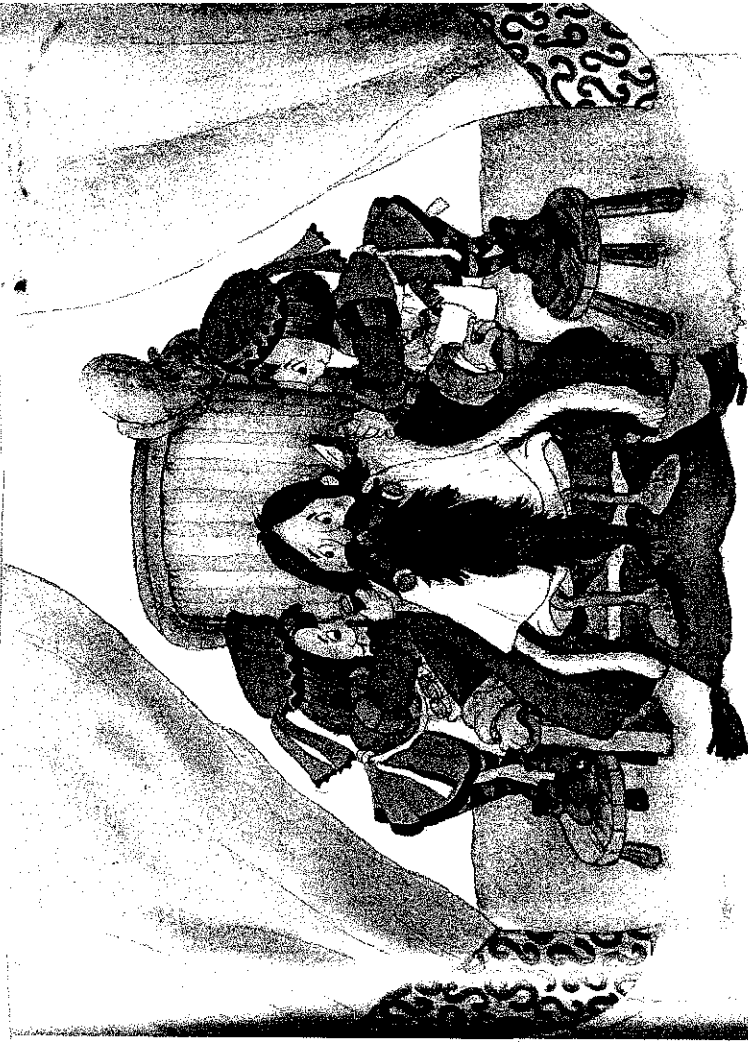
**FITINA,
CASILDINA,
FLORINDINA**

¡Lo ha escrito Benjaminal



(El rey se acerca a la culpable hasta rozar su regia nariz con la no menos regia de su hija y le recrimina: le regaña).

- ROSAURO** ¡Zángana, más que zángana! ¡Mental! ¡Qué horror! ¡Una poetisa en la corte! ¡Una cursi en la familia! (Aparte) Esta no se nos casa. ¡Y es la mayor! ¿Quién va a cargar con esto? (Muy enfadado, se dirige a su hija moviendo las manos). ¡Haber escrito esa inmundicia que ni pega ni nada! De vergüenza... ¿No se te cae la cara?
- BENJAMINA** (Con tono seguro) No, padre. No se me cae.
- ROSAURO** (A voz en grito y señalando con un dedo al ventanal). ¡Debería hacerte monja en ese claustro!
- BENJAMINA** (Sonriendo, para cambiar de conversación dice): Y usted debería hacerse tirabuzones en esa lisa barba. Créame, padre, estaría más guapo.
- ROSAURO** (Gritando y moviendo las manos). ¡Insolente!

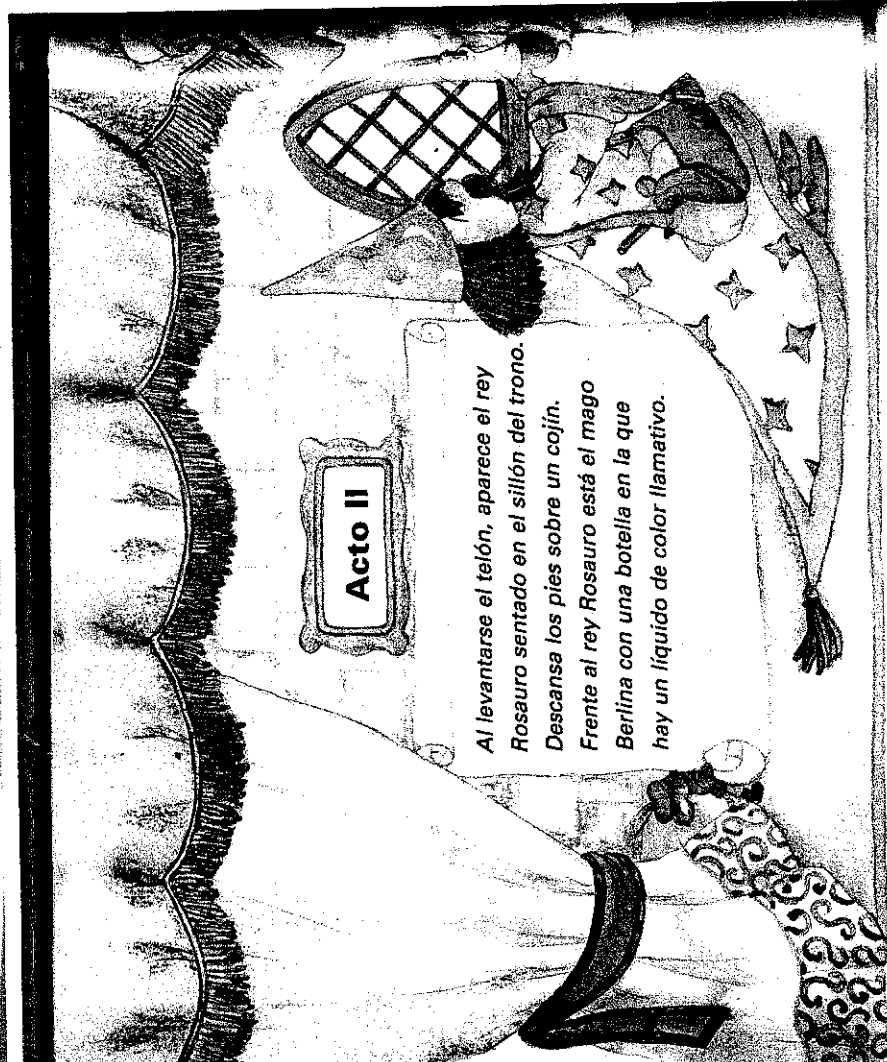


NARRADOR

(Se le oye, pero nadie lo ve). Y dando media vuelta a la derecha y un fuerte golpe a la puerta de la izquierda, salió el rey Rosauero de la cámara. Salió de la cámara dispuesto a llevar a efecto lo que tenía ya planeado; pero antes, ordenó a sus criados que le hicieran tirabuzones en las barbas.

Lo que el rey Rosauero tenía planeado era que, dentro de tres días, llegarían al castillo cuatro nobles príncipes de distintos países y razas, príncipes que Rosauero, con su extraño talento y perfecta intuición en relaciones públicas, se había encargado de buscar. Aquella misma tarde, el rey llamó a BERLINA, el mago, y habló con él en voz baja más de cuarenta y dos minutos. Lo poco que se les pudo cazar de todo lo que dijeron era esto.

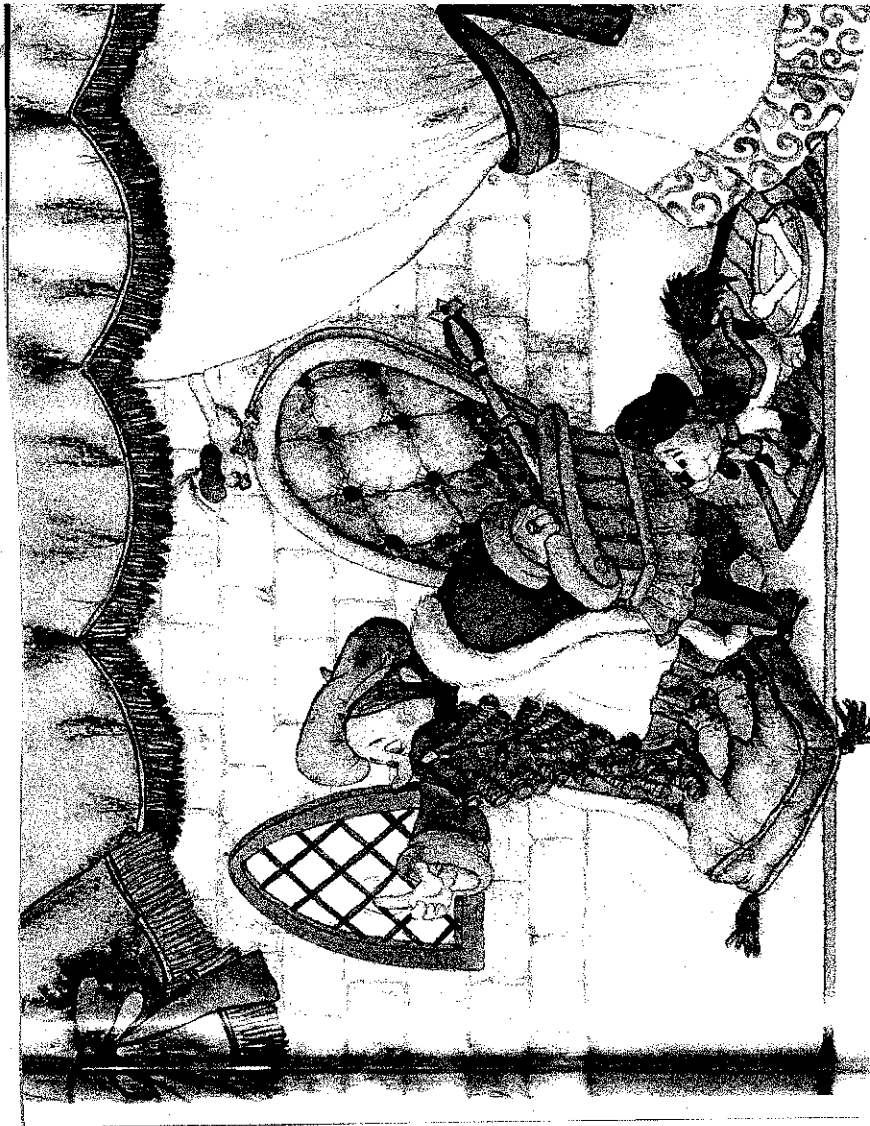
(Se baja el telón).



Acto II

Al levantarse el telón, aparece el rey
 Rosauro sentado en el sillón del trono.
 Descansa los pies sobre un cojín.
 Frente al rey Rosauro está el mago
 Berlina con una botella en la que
 hay un líquido de color llamativo.

- ROSAURO** *(Muy serio)* Así ha de ser, Berlina, en eso quedamos. Haces el brebaje -refresco mágico- y se lo das a beber a las princesas cuando las tengas hipnotizadas, pero bien hipnotizadas, para que nuestros deseos sean los suyos... para que cuando los vean, se enamoren como tontas -que son- de los cuatro príncipes que les he agenciado (buscado)...
- BERLINA** *(Nervioso, alza las manos al cielo)*. ¡Que todo nos salga de maravilla, Alteza!
- ROSAURO** Si así sale, te nombraré ministro.



BERLINA

... No sé qué decir, Alteza, a mí los cargos se me suben a la cabeza... Lo que hay que procurar es que, una vez que yo les dé a beber el brebaje, no vean a nadie hasta que les presentemos a sus prometidos.

ROSAURO ¡Claro, claro! ¡Si no, vaya negocio!

BERLINA *(Con timidez)* Antes de irme, Alteza, ¿puedo añadir a la bebida un vasito de cerveza?

ROSAURO *(Impaciente)* ¡Añade cerveza y anisete, pero ve! ¡



Acto III

(Al alzarse el telón, vemos a las princesas en la cocina de palacio. Hay una mesa y variados objetos de cocina. En el decorado se dibujará una chimenea con un caldero puesto al fuego. Los personajes hacen lo que dice el narrador).

NARRADOR

Cuando el mago Berlina entró en la cocina, donde estaban cuchicheando las cuatro princesas, éstas sospecharon algo raro y al verle hacer tantas tonterías con las manos y los ojos pensaron que se había vuelto loco de tanta ciencia.

BERLINA

(Con una copa en una mano y la botella en la otra) Princesas, os invito a un sorbito...

LAS PRINCESAS

(A coro) ¿De champán?

BERLINA

(Sonriente) No, a un sorbito de este elixir delicioso que me he inventado. (Bajando la voz). Ahora que no nos ve nadie, tomad un chupito.

LAS PRINCESAS

(Beben y se chupan los labios). ¡Umm! ¡Qué rico!

NARRADOR

(Se le oye, pero nadie lo ve) Berlina las miraba sin pestañear y les fue dando unos paseos magnéticos de bastantes voltios, hasta que las atontó —sin gran trabajo— durmiéndolas sin nana alguna.



Acto IV



(El escenario representa una habitación con cuatro camas. Las princesas duermen plácidamente con gorro y camisón. De pronto, de lo alto del escenario cuelga un sol inmenso y el escenario se llena de luz. Los personajes hacen lo que el narrador va diciendo).

NARRADOR

(Se le oye pero nadie lo ve).

Al día siguiente, despertaron las princesas muy temprano. Se notaban inquietas y extrañas. Hasta Casildina era un manojo de nervios. Las otras tres adelantaron la hora de hablar de sus príncipes soñados. Florindina, que por ser la más fuerte, era la que menos hipnotizada estaba, tuvo una inspiración y dijo:

FLORINDINA

(Con los ojos muy abiertos y moviendo mucho las manos). ¡Huyamos, hermanas, huyamos! ¡Escapemos, hijas, escapemos! Presiento, me parece, que aquí algo malo va a sucedernos. Algo se planea en contra de nuestra felicidad. ¡Ojo! ¡Huyamos, he dicho!



NARRADOR

Las otras tres princesas obedecieron como tontas a su hermana y sigilosas, de puntillas y en camisón, salieron del castillo por la puerta falsa que utilizara más de una vez Florindina en sus escapatorias folclóricas.

Amanecía. Cogidas de la mano, caminaban hacia la ciudad, felices, con la mirada radiante y el corazón encendido. Recorrieron las calles sonriendo, hasta que llegaron a la plaza del mercado. Allí sucedió lo mágico.

El mago Berlina había hecho bien las cosas. El fenómeno había sucedido. Los cuatro primeros mozos que ellas vieron cayeron rendidos a sus pies. A las tres horas, las cuatro princesas estaban locamente enamoradas.



Acto V

(Sala vieja y ruinoso del palacio. Los reyes y los pretendientes están sentados en sillas muy grandotas alrededor de la chimenea. Los personajes no hablan pero hacen lo que el narrador va diciendo).

NARRADOR

Mientras, en la sala más vieja del ruinoso castillo, el rey Rosauro y la reina Brunilda se deshacían dando explicaciones a los cuatro príncipes recién llegados. Uno era negro, otro amarillo, otro verde aceituna y -por más señas- indio, y el cuarto venía de Alaska y no tenía color.

Los extranjeros no entendían nada ni veían a sus prometidas por ningún sitio. Hasta que, con las grises luces del atardecer, llegaron al castillo las princesas...

¡Pero llegaban ya casadas!

Fitina con un carbonero.

Florindina con un tñiritero.

Casilidina con un pastor de cerdos.

Y Benjamina con un ladrón de ovejas.

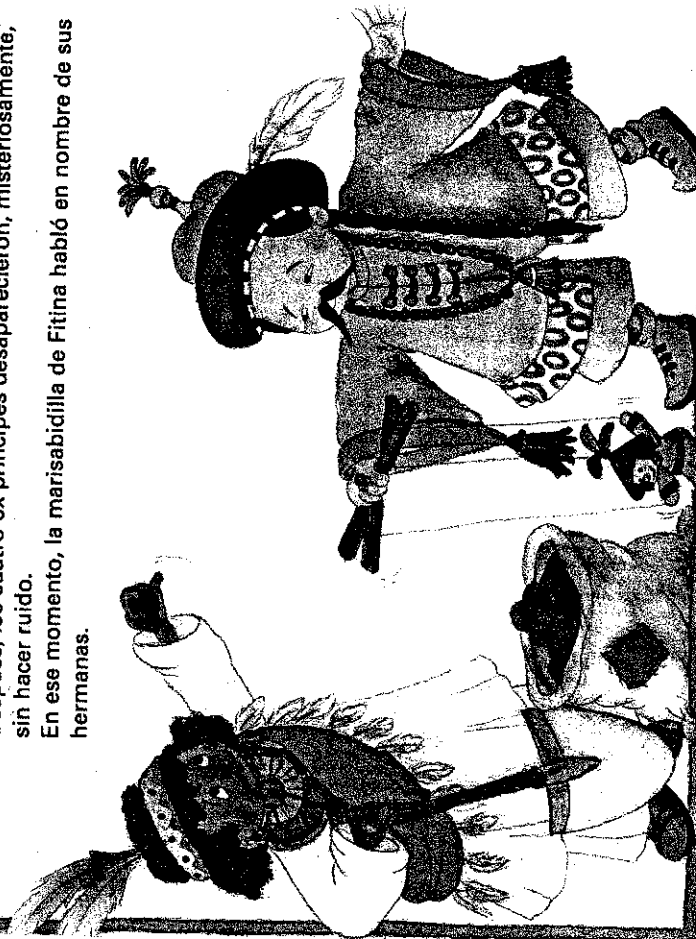
NARRADOR

Así eran los cuatro primeros mozos que ellas vieron y éstos fueron los que, nada más conocerlas, les cogieron cariño, quedando prendados y enredados de sus frágiles figuras. Además, por medio de la magia de Berlina, los cuatro jornaleros habían adquirido en un santiamén elegantes modales y exquisitas delicadezas de príncipes.



NARRADOR

¡Todo salió bien, sólo que al revés!
Porque al príncipe negro
le entraron unas ganas terribles de ser carbonero.
Al príncipe amarillo,
le entró vocación de titiritero.
Al príncipe verde
-al fabuloso hindú, señor de los brillantes-,
le dio por soñar que era pastor de cerdos.
El esquimal se quedó tan fresco,
al ver que no le casaban con ninguna princesa y, en un descuido de
los soberanos, se metió en el bolsillo una figurita de oro y marfil
que le estaba haciendo gracia.
Después, los cuatro ex príncipes desaparecieron, misteriosamente,
sin hacer ruido.
En ese momento, la marisabidilla de Fitina habló en nombre de sus
hermanas.



FITINA

*(Con entusiasmo y alegría) Amados padres,
ya pueden estar contentos.
Se ha realizado el sueño de toda vuestra vida
de vernos casadas a las cuatro.
Hemos aquí, aquí estamos los ocho.
¡Alégrese, oh nuestro padre, mejores esposos nunca habríamos
soñado! Rendidos están ante nuestra belleza; nobles son, porque
trabajan; ricos en querernos y poderosos en comprendernos.
Todos saben hacer algo, padre, o tocar algo, madre. ¿Y qué mejor
tesoro pueden aportar al reino que su juventud, su trabajo y su
música celestial? ¡Sonría, bobol Y usted, hermosa madre: ¡alégrese
con la alegría de sus hijas!*
NARRADOR
En vez de alegrarse, el rey Rosauero se tiraba a lo loco de los
tirabuzones de su barba, mientras la reina Brunilda, vivamente
emocionada, cayó junto a la chimenea presa de un patatús.

